



20 de septiembre de 2020

Estimados feligreses,

El mismo Cristo es el generoso terrateniente de esta parábola, y la lección que quiere que aprendamos es que su generosidad va más allá de nuestra más amplia comprensión.

Por eso en la 1ª lectura Dios nos dice que "Mis pensamientos no son tus pensamientos, ni tus caminos son los míos". Pagar a estos trabajadores contratados el salario de un día completo por solo unas pocas horas de trabajo es el epítome de la generosidad. No hay otra razón para ello; lo hace simplemente porque es generoso; está profundamente preocupado por estos hombres y es capaz de ayudarlos. Los jornaleros de Palestina en ese momento no tenían un trabajo fijo ni un ingreso fijo. Eran contratados día a día. Los trabajadores que aún esperaban que les dieran trabajo al final del día probablemente estaban resignados a otra tarde hambrienta para ellos y sus familias. Solo un hombre con un corazón verdaderamente generoso se tomaría la molestia de ponerlos a trabajar con solo una hora para la puesta del sol. ¡Y sólo un hombre extraordinariamente generoso les pagaría el salario del día completo! Ese es Jesús.

Jesucristo es extraordinariamente generoso; la historia de la salvación es la historia de su generosidad ilimitada. Primero da la vida, luego, después del pecado original, da esperanza de salvación, luego con la Encarnación da la redención y finalmente, a los que trabajan fielmente en su viña, les da la dicha eterna. Y no se detiene ahí. Estrictamente hablando, no merecemos ninguno de esos regalos. Y, sin embargo, así como el terrateniente dio a los obreros un trabajo real que hacer en su viña, incluso si la recompensa superaba con creces el trabajo, Cristo también nos permite hacer una contribución real a la felicidad eterna de nosotros mismos mediante la oración, el auto sacrificio y Servicio. Jesucristo es un volcán de amor generoso.

No hay mejor ejemplo y prueba de esta extraordinaria generosidad que la Eucaristía. Cuando el sacerdote pronuncia las palabras de consagración durante la

Misa, Cristo mismo se hace verdaderamente presente, en cuerpo, sangre, alma y divinidad, bajo apariencias de pan y vino. Esta es una generosidad suprema, al menos por dos razones: Primero, porque nos permite hacer una ofrenda digna a Dios. Durante cada misa, todos hacemos una ofrenda a Dios. Ponemos nuestro dinero en la canasta de ofrendas. Traemos nuestras oraciones, necesidades y agradecimientos. Y estas ofrendas se simbolizan y se unen cuando alguien de la congregación lleva el pan y el vino al sacerdote. Y, sin embargo, ¿qué valor podrían tener esas cosas mezquinas a los ojos de Dios? ¿No se merece mucho más de nosotros? Lo hace, pero darle lo que realmente se merece está más allá de nuestras habilidades. Dios lo sabe, y sabe que nuestro corazón realmente desea hacerle una ofrenda digna. Y así, al transformar ese pan terrenal en Eucaristía, de repente nuestros dones finitos se vuelven infinitos, y estamos ofreciendo a Dios, a través del sacerdote, el don de su propio Hijo, el don más perfecto posible. Este es el significado del momento de la Misa cuando el sacerdote levanta la patena y el cáliz al final de la plegaria eucarística y dice: "A través de él, con él, en él..." Es entonces cuando todas nuestras pequeñas ofrendas, transformadas en la propia ofrenda de Cristo en la cruz mediante la Eucaristía, reciben un valor eterno a los ojos de Dios. En segundo lugar, Dios no solo nos permite darle un regalo digno, sino que a través de la Sagrada Comunión nos da un regalo mucho más allá de lo que merecemos. Debido a que Cristo está verdaderamente presente en la Eucaristía, la Comunión es una participación real en la propia vida de Dios. Por eso Jesús dijo: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día" (Juan 6:54).

La Madre Sta. Teresa de Calcuta comprendió bien el valor de este regalo. Para ella, la Eucaristía era el signo vivo del amor y el cuidado incansables de Dios, la prueba innegable de su generosidad ilimitada. Como dijo ella: "Cuando Jesús vino al mundo, lo amó tanto que dio su vida por él". Quería satisfacer nuestra hambre de Dios. ¿Y qué hizo? Se hizo a sí mismo el Pan de Vida. "Se volvió pequeño, frágil e indefenso para nosotros. Los pedazos de pan pueden ser tan pequeños que incluso un bebé puede masticarlos, incluso un moribundo puede comerlos". Eso es una generosidad verdaderamente extraordinaria.

Que Dios te bendiga.

Padre Dan